



## VII

### HACIA EL CALVARIO

**E**L día amaneció sereno y cálido. Al nacer la tarde surgieron de tras las colinas nubes cobrizas y sombrías, pequeñas, pero henchidas de tempestad.

Veíanse pedazos de cielo intensamente azul. Las nubes iban amontonándose y cubriendo el firmamento. El sol al besarlas con sus rayos ardientes las festoneaba de oro.

Sobre la ciudad extendíase el cielo terso, sin nubes, y el aire yacía en enervadora calma.

En la cima del Gólgota reuníanse peque-

ños grupos de curiosos que habían precedido al cortejo que se disponía á salir de la ciudad.

El sol bañaba la tierra pedregosa, árida y monótona. Sólo interrumpían aquella grisácea monotonía, hoyos y grietas que se destacaban tanto más negros cuanto más intensa era la luz que bañaba la tierra.

Lejos se levantan las altas colinas estériles veladas por la niebla morada.

Entre las murallas de la ciudad y las faldas del Gólgota se extiende la llanura sembrada de rocas. Es menos árida porque en la poca tierra buena crecen higueras desmirriadas; y vense esparcidas sin orden casas blancas colgadas entre rocas cual nidos de golondrinas, y sepulcros blanqueados que brillan heridos por los rayos del sol.

Próximas las fiestas pascuales llegaban gentes de todos los pueblos de la provincia, y levantaban tiendas ó chozas cabe los muros de la ciudad: era un hormiguero de hombres y camellos.

El sol subía majestuoso cruzando el cielo aun libre de nubes. Era la hora en que estas colinas quedan sumidas en triste silencio, y en que todo ser viviente busca abrigo bajo los muros de la ciudad ó en los repligues del terreno.

A pesar de la inusitada efervescencia de forasteros profunda tristeza inundaba aque-

llos campos inundados de luz. El eco de las voces lejanas que salía de la ciudad semejaba el murmurar de las olas, y dijérase que se perdía absorbido por el silencio de los campos.

Los grupos que desde la mañana esperaban en el Gólgota, tenían en aquel momento fijos los ojos en la ciudad.

El cortejo se organizaba.

La silla de manos de Anthea llegó al Calvario antes del mediodía. La escoltaban los soldados romanos que debían abrirle paso á través de la plebe, y si precisaba, protegerla contra las injurias que siempre pueden temerse de los judíos fanáticos, que odian á los extranjeros.

Cinna seguía la litera, y á su lado el centurión Rufilo.

Anthea parecía más tranquila y se inquietaba menos por la proximidad del mediodía, la hora de las visiones terribles que la anadaban.

Cuanto el procurador le había dicho del joven Nazareno habíase enseñoreado de su alma de tal manera, que hacía olvidar sus sufrimientos.

¡Aquella doctrina tenía para ella algo de admirable... de incomprensible!...

Muchos hombres supieron morir tranquilos como se extingue una pira funeraria, como se consume un tizón.

Esta serenidad, este valor eran hijos de una resignación filosófica á la ineludible necesidad del paso de la luz á las tinieblas, de la vida real á una existencia obscura, desconocida.

Pero hasta entonces nadie había bendecido la muerte; nadie había muerto con esta certeza absoluta de que más allá de la tumba empieza la verdadera vida, la felicidad infinita que no puede darla más que el Dios omnipotente é infinito.

¡Y el Hombre que iba á ser crucificado lo predicaba como verdad incontestable!

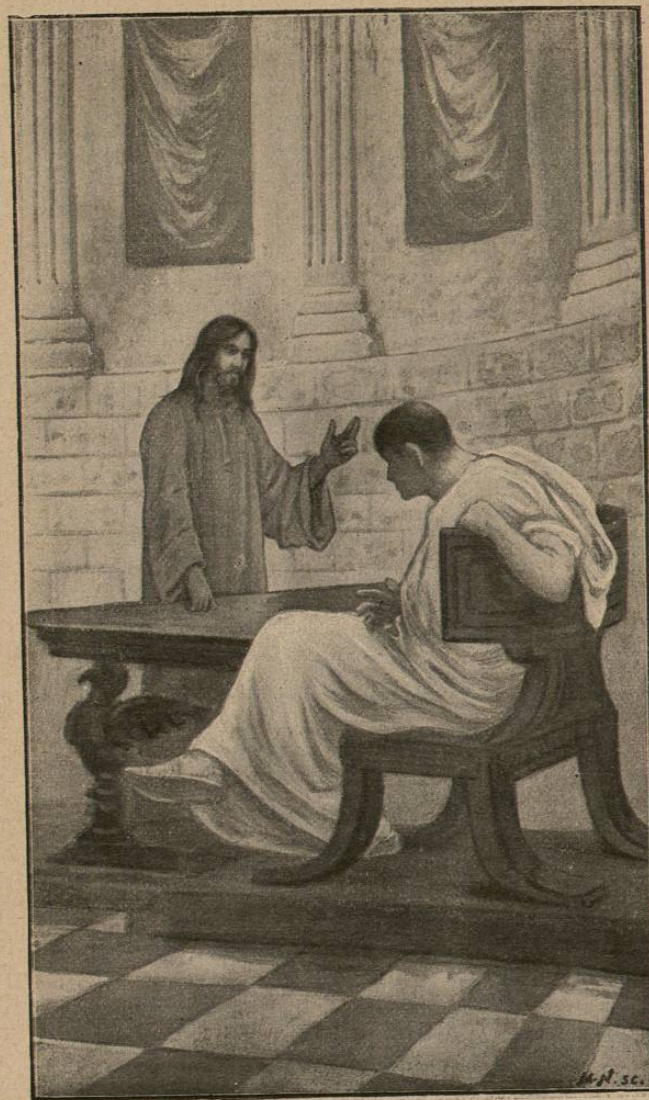
Anthea sentíase profundamente conmovida por estas enseñanzas: parecíanle la única fuente de esperanza y redención. Sabía que estaba próxima á morir, y la agobiaba profunda tristeza.

Morir era para ella abandonar á Cinna, á su padre, á cuantos amaba, al amor encarnado: era la vida helada, el vacío, las tinieblas.

El recuerdo de las alegrías que en este mundo gozara aumentaba su tristeza.

¡Ah! ¡Si la muerte nos hiciera renacer!  
¡Si á lo menos nos dejara llevarnos un recuerdo de amor ó un destello de felicidad... la resignación fuera más fácil!...

¡Y ella, que nada esperaba de la muerte, había oído que la muerte puede darlo todo!  
¿Quién enseñaba estas cosas? ¡Un extran-



Hablé con El, y me convencí de que enseña cosas extraordinarias...



Ecce Homo!

jero, un Rabbi, un profeta, un filósofo para quien el amor al prójimo era la primera de las virtudes! ¡Un mártir que mientras le atormentaban bendecía á los verdugos! ¡Un rey que iba á ser crucificado!

Y Anthea decíase:

—¿Por qué enseñar esta doctrina si la cruz debe ser su única recompensa?...

«Otros desearon el poder: El nada...

«Otros anhelaron riquezas: El es pobre...

«Otros quisieron palacios, festines, honores, vestidos de púrpura, carrozas incrustadas de nácar y marfil: El vivió pobremamente... Y ha predicado el amor, la piedad, el perdón y la pobreza...

«¿Querrá, acaso, alentar en los hombres vanas ilusiones?...

«Pero ¿y si dijese la verdad? ¡Oh! ¡entonces bendita sea la muerte; la muerte término de las terrenales miserias, trueque de una felicidad relativa por una felicidad sin fin! ¡Luz de los ojos cansados de llorar, raudo vuelo hacia las dichas eternas!!!»

Anthea la comprendía la promesa de la resurrección.

Su alma y su corazón la recibían anhelantes, con los brazos abiertos. Recordaba las palabras del sabio Timón, quien repetía á sus discípulos que sólo una verdad nueva podía salvar á la humanidad de las leyes que la encadenaban.

—¡Esta es la verdad nueva!  
—¡La que vence á la muerte!  
—¡La que da la vida!

Y Anthea se abismaba en aquellos pensamientos, entregaba tan por completo su corazón á las ideas nuevas, que por primera vez después de mucho tiempo, Cinna no vió en el rostro de ella las señales de la angustia que la torturaba.

El cortejo emprendió la marcha hacia el Gólgota.

De la cima donde se hallaba Anthea veíase perfectamente la multitud. Era numerosa; pero al extenderse por la inmensa llanura y dividirse en grupos confundíase con las piedras grises y parecía escasa. La puerta de la ciudad, abierta de par en par, daba paso incesantemente á nuevas oleadas de gente, que aumentaban al sumárseles la multitud que esperaba fuera del recinto amurallado. A ambas orillas de aquel río viviente se agitaban enjambres de chiquillos.

El cortejo avanzaba entre el remolino de las túnicas blancas, de los chales de escarlata y los mantos azules. En el centro al beso de los rayos del sol brillaban las corazas y las lanzas de los soldados romanos. El lejano rumor de voces confusas era cada vez más perceptible.

Llegaron por último al pie de la colina, y los que iban al frente comenzaron á escalar

la cumbre. La multitud atropellábase para ocupar los sitios más próximos al lugar del suplicio, á fin de no perder el menor detalle. Estrechada por la muchedumbre, con dificultad podía abrirse paso la cohorte que escoltaba á los reos.

Los primeros que llegaron fueron los muchachos: semidesnudos, pelada la cabeza á excepción de dos mechoncitos en las sienas, tez morena, ojos azules y voz chillona, empezaron con gritería salvaje á arrancar piedras del suelo para arrojarlas á los crucificados...

Pronto se vió la meseta invadida por abigarrada multitud, que, insensible á la piedad, daba muestras de gozo por la animación y la esperanza del espectáculo. El tono áspero de la voz, la insensata volubilidad de la palabra y la brusquedad salvaje de los gestos asombraron á Anthea, á pesar de serle familiar la gárrula viveza de las poblaciones griegas. Aquellas gentes discutían como próximas á acometerse recíprocamente, gesticulaban como si estuviesen en peligro de muerte, y chillaban como si fuesen á quitárseles la vida.

Rufilo, acercándose á la litera, con voz tranquila como de soldado en servicio, empezó á dar explicaciones, mientras que incesantemente iba subiendo la marea humana.

Aumentaba la barahunda por momentos.

interrumpido por el choque de las armas y el paso de los legionarios.

Abrióse la multitud en agitado remolino, y la escolta de los condenados llegó a la altura de la litera.

Al frente, á los lados y detrás marchaban los soldados con paso lento y cadencioso, sobresaliendo en el centro los travesaños de tres cruces, que parecían avanzar por sí mismas, por lo mucho que su peso encorbaba á los que las traían.

Advertíase que no se hallaba entre ellos el Nazareno.

Ante todo dos caras repulsivas y siniestras de bandidos; luego un campesino de alguna edad, visiblemente obligado por los soldados á esa servidumbre, exigida en virtud de la ley.

El Nazareno iba detrás de las cruces, entre dos soldados. Cubría sus hombros un manto de púrpura, y ceñía su cabeza ensangrentada una corona de espinas.

Gotas de sangre corrían lentamente á lo largo de sus mejillas; otras se habían cuajado debajo de la corona, como bayas de agavanzo ó perlas de coral.

Estaba pálido y avanzaba pausadamente, con andar débil, pero majestuoso...

Entre los aullidos de la turba y las imprecaciones del populacho, iba absorto en su idea, como transportado más allá del uni-



¡La Verdad, es Él!



Los soldados del procónsul encargados de abrir paso á través de la multitud...

verso, como si se cerniese ya sobre este mundo, desatendiendo los clamores del odio, como «Aquel que perdona» y cuyo perdón excede la medida humana; como el Sobrehumano; el Ser dispensador de misericordia... bañado de infinito y exaltado sobre la humana escoria... silencioso y dulcísimo; pero triste también, infinitamente triste, con la angustiosa tristeza de toda la tierra...

Los trémulos labios de Anthea murmuraron instintivamente:

—¡La Verdad, es Él!

Pasó el cortejo muy cerca de la litera, y detúvose un instante, mientras los soldados se abrían paso á través de la muchedumbre.

